



# *Numbert*

*(Monólogo para dos o más actores)*

*gerard vázquez*

*En la cubierta de un barco trasatlántico. Es de noche. En un lateral, puede verse una típica silla de cubierta y una mesilla entre la silla y el lateral, sobre la que hay dos copas y una botella de champaña dentro de una cubitera con hielo. Del interior llega la música que interpreta la orquestina del barco. NUMBERT es un hombre bajo, de aspecto inquietante y misterioso. Viste ropas extrañamente elegantes y hay algo en él que provoca curiosidad y una agradable sensación al escucharlo. A menudo habla como un niño que se sorprende por todo. Habla con alguien que se sienta a la otra parte de la mesa, pero al que no vemos.*

NUMBERT 1

*(El gran secreto.)* Todos creían que yo... era mudo. *(Se le escapa una risita de complacencia. Pausa.)* Hace fresquito esta noche. ¡Mire qué mar! ¿Es hermosa la mar, verdad? En casa teníamos un cuadro, un cuadrito pequeño, de 20 centímetros por 15. En él se veía la mar. Pero entonces yo ya sabía que la mar mide más de 20 centímetros. El cuadrito siempre estaba torcido. Yo, cuando me acordaba, lo enderezaba. Para que no se saliese el agua. ¿La mar es como una balsa grande, verdad? Y profundo como un pozo. Era un buen cuadro porque tenía este mismo color. El cielo también estaba lleno de estrellas. Si te acercabas bastante, te daba el viento en la cara, como ahora. Y también se veía un barco, un barco pequeñito. Pero era pequeñito porque figuraba que estaba muy lejos. No era tan grande como éste. ¡Esto es un monstruo de acero que se desliza por el agua a 21 nudos! Lo leí en la sala de máquinas. ¿A qué no sabe qué medidas tiene? 251 metros de

largo, 28 de ancho, 53 de altura hasta el remate de las chimeneas, 60.000 toneladas, 46.000 caballos de vapor, 29 calderas y 159 hornos. También sé cuánto miden las calderas y cuántos remaches lleva: ¡un millón y medio! Todos los remaches juntos pesan 270 toneladas y hay... (*Calla de repente.*) ¿Le apetecería brindar? Beba, frío está mejor. (*Brinda y bebe.*) ¡Qué bien que se pasa, eh? Beba, ya pediremos más. ¿Sabe cuántas botellas hay en el barco? 25.000 botellas de champaña. 25.000 de vino y 20000 de cerveza. ¡Bien, ahora quedan menos! Queda menos de todo. Pero el día de la partida, parece mentira, transportaba 40.000 huevos, 40 toneladas de patatas, 8.000 litros de leche, 5.000 quilos de azúcar, 100.000 quilos de harina, 40.000 de carne y 30.000 de pollo... ¿Usted ha pedido espárragos en la cena, verdad? 800 manojos de espárragos, 800 botes de leche condensada, 1.000 quilos de té, y... (*Vuelve a callar.*) Perdón. Es que me gustan los números. A usted también le deben de gustar. Este mañana me ha dicho que es matemático. ¡Qué casualidad! En cuanto me lo ha dicho, he pensado: es una suerte haberlo conocido, este amigo me comprenderá. Comprenderá que yo... Hay números más bonitos que otros, ¿verdad? A mí, el siete es el que menos me gusta. ¿Y a usted? Siempre quiero saber qué cifras hay en las cosas, las cantidades. Lo primero que hice cuando subí al barco fue contar cuánta gente había a bordo. ¿A que no lo sabe? 1.663 hombres, 435 mujeres, 105 niños, usted y yo. 303 en primera clase, 259 en segunda, 740 en tercera y 903 empleados. Los números constituyen una atracción irresistible para mí desde que fui a visitar al doctor Weissberg. Fue entonces, en su consulta, cuando vi todas aquellas cosas. No, no eran exactamente como sueños. Eran como... ¿Usted no ha visto nunca esos retratos que salen de una

máquina y se mueven sobre la pared? Ahora están de moda: todos acuden a verlos. ¿Cómo se llaman? ¡El cinematógrafo! Pues, algo muy semejante. Pero yo me vi a mí mismo, y en unas situaciones muy extrañas... Aún no he podido averiguar qué querían decir.

*Cambio de luz. De lejos, se oyen descargas de cañón intermitentes. NUMBERT 2, un soldado de la Gran Guerra, corre agachado, está cansado.*

A sus órdenes, mi teniente. El capitán dice que se ha de hacer callar como sea ese maldito cañón y que se ha enviar a alguien a las líneas enemigas aprovechando la oscuridad. [...] No tenemos a nadie. Sí, mi teniente. A sus órdenes, mi teniente. *(Se va, repitiendo: “no tenemos a nadie”. A poco, regresa repitiendo algo entre dientes.)* A sus órdenes, mi teniente. El capitán dice que ha dado una orden, que para eso es el capitán, y que si le puede prestar la navaja de afeitar. [...] Aquí no queda nadie. Sí, mi teniente. A sus órdenes, mi teniente. El capitán dice que eso ya lo había dicho usted antes, y que si tiene para mucho rato con la navaja. [...] Vaya usted, soldado. Sí, mi teniente. A sus órdenes, mi teniente. *(Comienza a salir mientras repite: “vaya usted, soldado”. De repente, se vuelve atemorizado.)* ¿Yo? Sin ánimo de desobedecer, mi teniente, yo... Yo no puedo ir. Soy el enlace del batallón. [...] Sí, tiene razón, ya no hay batallón. También soy el enlace de la compañía. [...] Tiene razón, mi teniente, no queda ninguna compañía. Pero, mi teniente, yo tengo una misión. Usted mismo me la encargó. Además, he de llevarle la navaja al capitán y... [...] Míreme, mi teniente, llevo desde el año 14 comiendo barro. ¡Tres años, mi teniente! ¡Y todo por cargarse a un Archiduque! *(Suena una música lejana.)* ¿Qué es eso? ¡Es ella! ¡Sí! ¡Ella me

llama! Usted tenía razón, mi teniente. Volveré, mi teniente. ¡Volveré!  
(Salta fuera de la trinchera y se pierde en la oscuridad.)

*Cambio de luz. En la cubierta del barco.*

NUMBERT 1

¿Usted conoce al doctor Weissberg? Mire, ¿ve mis zapatos? (Se los enseña.) Son nuevas. Se han de vigilar bien, los zapatos. Hay que evitar que las suelas se agujereen. ¡No lo permita nunca! ¡Enfermaría! ¡Vigile sus zapatos! ¡Vigile bien sus zapatos! Ahora, siempre llevo zapatos nuevos, y cuando la suela empieza a desgastarse, cambio el par por otro nuevo. El doctor Weissberg es muy sabio. ¿De qué le...? ¿Qué le estaba diciendo? Ah, sí, los números. Es emocionante. Me gusta descubrir los números que hay en el mundo. Por eso sé que la piscina del barco tiene 10 metros por cinco, y que hay 8 cubiertas. El ocho es un buen número. La cubierta mayor mide 152 metros de largo por 9 de ancho. Esta es la más pequeña: 44 metros, 25 y medio cubiertos por un techo. Hoy he descubierto que el comedor de primera tiene 35 metros por 28, y el nuestro, donde hemos cenado, 28 por 6. ¿Le ha gustado la cena? Se come aquí bien, ¿verdad? ¿A que no sabe cuántos platos hay tiene la vajilla? ¡12.000! 1.000 tenedores para las ostras, 15.000 copas de champaña, 45.000 servilletas, 40.000 manteles... (Calla.) Perdona, ya estaba de nuevo... Los números me atraen. Las cosas pueden conocerse por los números que se les relacionan; ellos dicen cómo son. Y con las personas, lo mismo. Bien, usted ya lo debe de saber. Ya sé en qué está pensando. Piensa que vamos demasiado deprisa. A mí me parece bien así. Y si fuésemos más deprisa, por ejemplo: el doble, también me parecería bien. ¡Tengo tantas ganas de llegar! Cuando llegue seré feliz. ¡Sí, señor! A este

barco, lo único que le falta son unas grandes alas para poder volar...

*Cambio de luz. El teléfono suena. NUMBERT 2, con un palo de golf. Descuelga.*

¿Sí? [...] ¿Qué? [...] No, ¡nada de vender! ¿A cuánto están? ¿Cien, ciento veinte? [...] ¡Compra! (*Cuelga. A alguien a quien no vemos.*) Bien, ¿cuál era su pregunta? Ah, Sí. Bien, mire: yo empecé de cero, de la nada; cuando llegué a este país, dormía en una caja de zapatos, en pleno centro de la ciudad, pero debajo, en las alcantarillas... Pero las oportunidades están aquí para quienes las sabe aprovechar. Puse dos anuncios en el diario. Uno decía: "Por motivos sentimentales, compro navajas de afeitar de segunda mano. Pagaré hasta diez dólares, al contado." El otro decía: "Por una necesidad, me urge vender juego de navajas de afeitar. Como nuevo. Una ganga. Sólo 50 dólares". Macho, hay que estar en el andén cuando pasa el tren.

*Se oye el silbido de un tren en la lejanía. El camarada NUMBERT 2, en una estación, le habla a otro camarada.*

¡Ya llega, camarada! ¡Ya llega! ¡El camarada Lenin ya está aquí! ¡Arriba, parias de la tierra! Dicen que el camarada Lenin llega con ella, en un vagón precintado para que nadie nos la pueda quitar. Recuérdalo siempre. Podrás decir: ¡Yo estaba allí! La vi descender del tren con mis propios ojos. Ella y el camarada Lenin bajaron del tren y me abrazaron. Bajaron...

*Suena el teléfono. NUMBERT 2 descuelga.*

¿Sí? [...] ¿Pero bajan o no bajan? [...] Entonces, compra. [...] No, nada de vender. [...] ¿Rumores? ¿Qué rumores? Nada, haz lo que te digo. ¡Compra! ¡Compra! (*Cuelga. A la persona que no vemos, mientras coloca una pelota de golf en tierra y estudia el golpe.*) Mire: yo me iba a la cama a las seis de la mañana y a las seis menos cinco ya me había levantado. El mundo es para quien quiere trabajar... El secreto de la vida está en el swing. Hay que tener swing. Sin un buen swing no eres nadie. (*Da un golpe con su palo. La pelota sale hacia fuera.*) Y por supuesto, siempre, siempre, hay que meterla en el hoyo. Cáptame el sentido. La pelota marca el camino. (*Suena el teléfono. Descuelga.*) ¿Sí? [...] No lo entiendo. ¿Cómo es que no salen las cuentas? Haz lo que te digo. ¡Compra! ¡Compra! ¡Cómpralo todo! (*Cuelga. A la persona que no vemos.*) Mire: las cuentas están claras: la vida son dieciocho hoyos. Los golpes han de ser largos, grandes golpes y precisos. Es necesario que la pelota caiga justo dentro del hoyo. Escriba, escriba eso en su reportaje.

*Cambio de luz. En la cubierta del barco.*

NUMBERT 1

¿De qué le...? Usted me había preguntado... Ah, sí. Todos pensaban que yo era mudo. Como un leño, como una piedra. Decían: "Numbert no habla; por lo tanto, Numbert es mudo". ¿Le he dicho ya que me llamo Numbert? Sí, sí, esta mañana, ya me acuerdo. Ahora no hablo por hablar. ¿Usted cree que hablo demasiado? Pueden llegar a decirse muchas palabras a lo largo de toda una vida, ¿verdad? Pero todas no son nuevas. Se repiten muchas. Casi todas se repiten. ¿Pero a que no sabe qué? Cuando llegue le he decir algo a una persona que no haya dicho nunca

antes. Será la primera vez que lo diga. No será ninguna repetición. Será... Pero, ¿no se sirve? Beba todo lo que quiera. En esto no tiene importancia repetirse. *(Sirve. De repente, hacia un lateral.)* ¡Eh, mozo! ¡Mozo! ¡Trae otra botella! ¡Que esté bien fría! No sé si me ha oído. Ahora que puedo hablar, no sé, a veces la gente no me oye... Cuando pensaban que era mudo... Pero, claro, usted no sabe... ¿Le gustaría que se lo explicase? Aún es pronto. Si quiere... No, mejor que no... Es una historia muy larga, y muy rara. No entendería nada. Hablemos de otra cosa. *(Una pausa larga que no puede refrenar la necesidad que tiene de explicarse.)* Yo vivía con mis hermanos en una casita pequeñita, más pequeña que las cabinas de tercera clase. Éramos siete hermanos. ¡Siete! Yo era el más pequeño de todos. No conocí ni a mi padre ni a mi madre, porque murieron en el parto cuando nací. Después, mi hermano mayor dijo: “Me parece que este tiene cara de séptimo”, y me puso el nombre: Numbert. Es un nombre de siete letras. Cuéntelas y verá. *(Pausa.)* Todos éramos mineros, ¿sabe? Trabajábamos en una mina de carbón que había cerca de casa. Una mina muy profunda, muy profunda. Ayer bajé a las calderas del barco. Es como bajar a la mina, los fogoneros son amigos míos. ¿A qué no sabe cuánto carbón transporta el barco? ¡6.703 toneladas, en 11 carboneras...! No, ya lo dejo. No quiero marearlo con más números. Cada día, mis seis hermanos y yo nos levantábamos al amanecer, nos íbamos a la mina y, hale, a extraer carbón hasta que se hacía de noche. Allá abajo, no se sabe cuándo es de noche, ni nada, todo está muy oscuro; sólo se ve algo si llevas encendida la llama de la interna. Mi hermano mayor salía afuera para mirar, volvía a bajar y decía: “¡Me parece que es de noche!” Si ves la luna y las estrellas, y escuchas como silban los mochuelos, ¿qué será si no? Yo odiaba a

mi hermano mayor, siempre estaba mandando. No me gustaba ninguno de mis hermanos. No me gustaban sus caras sucias de carbón. Porque yo también tenía la cara sucia y así éramos todos iguales, todos parecíamos lo mismo, cualquiera era como cualquiera de los otros, y yo no quería ser como ellos. A mi hermano mayor, los otros siempre le hacían caso. Cuando menos me gustaba era cuando decía: “Me parece que podríamos cantar”, y todos nos poníamos a cantar. Siempre iban a la mina y volvían a casa en fila india y cantando, como si les hiciese mucha gracia levantarse tan temprano y haber de permanecer allí abajo todo el día, sin ver el sol. ¡Era una canción horrible y sus voces, más horribles todavía! Eso era lo peor. No podía soportar tanta tontería, y decidí que nunca cantaría con ellos. Hice ver que era mudo, para no tener que cantar. Pasó mucho tiempo hasta que se dieron cuenta. Los otros le dijeron a mi hermano: “Numbert no canta nunca”. Él se giró, me miró un buen rato, como diciendo: “Tú, habla”. Yo no abrí la boca y después dijo: “Me parece que este es mudo”. Y todos creyeron que era mudo. Era muy listo, mi hermano mayor. Yo siempre hablaba con ellos escribiendo en una pizarrita que llevaba en el bolsillo. Cada noche, después de cenar, nos sentábamos alrededor del fuego, esperando que mi hermano mayor dijera: “Me parece que podríamos contar chistes”. Siempre contaban los mismos chistes, y en el mismo orden, pero se reían lo mismo. Yo los había numerado. Cuando llegaba el momento, es decir: cuando habían acabado de explicar el chiste número 87, levantaba la mano como diciendo: “¡Eh, que éste es muy bueno, muy bueno!”, escribía en la pizarra el número 88 y lo mostraba en alto. Pero ellos se quedaban quietos, mirando a mi hermano mayor. Él, fruncía la nariz y dejaba caer: “Me parece que un número escrito

en una pizarra no tiene ninguna gracia”. Nadie reía y nos íbamos a dormir. Escogí el chiste número 88 porque era el único que contaba para mí. Tenía algo importante. Algo que me podía ayudar a entender todo lo demás. ¡El chiste 88! *(De repente, hacia un lateral.)* ¡Eh, mozo! ¡Camarero! ¿No se acuerda del champán! ¡Mucho frío, eh! No me debe de haber oído. Bien, todavía queda. *(Sirve. Bebe.)* ¡A su salud! La noche se está poniendo muy fresca. Si quiere que entremos dentro...

*Cambio. NUMBERT 2 aparece empujando una gran pizarra. La coloca en el sitio indicado con precisión milimétrica. Siempre con un orden absoluto, saca una cajita de donde extrae una barrita de tiza.*

Kameraden: Es un honor para mí servir con mis conocimientos a la grandeza y prosperidad de nuestra raza. Kameraden: ha quedado claro que hay dos clases de bigotes: nuestro bigote racional alemán y... el otro. ¿Cuántos de estos bigotes crecen en nuestra sagrada tierra, infectando nuestra vida, corrompiendo nuestras costumbres, conspirando contra nuestro espíritu nacional? La barbería alemana convencional no soluciona este problema con la rapidez, la pulcritud y la eficacia alemana de siempre. *(Mientras habla escribe complicadas fórmulas matemáticas en la pizarra.)* Una nueva barbería hermética alemana con capacidad para 300 o más. Mediante un sistema alemán, de duchas alemanas cae la nueva crema de afeitar alemana, la crema “Chucrut”, me he permitido bautizarla con este nombre alemán. En cuestión de dos minutos exactos, alemanes, los otros bigotes quedan reducidos a un montón de desperdicios. Además, sin ningún coste añadido, pueden extraerse con las tenazas alemanas, los dientes adecuados. El servicio de barbería alemán se completa con la calcinación de los

restos en hornos alemanes. O lo que es lo mismo: bigote elevado a la barbería multiplicado por chucrut más tenazas menos diente extraído de raíz cuadrada dividido por horno deutchland über alles igual a (*Escribe el signo de "igual a".*) la solución final alemana. (*Comienza a sonar fuera un coral de Bach. Escribe "6.000.000" a continuación del signo de igual.*) ¡Gracias, Kameraden! Ah, veo que ya comienza la segunda parte del concierto alemán, no los entretengo más. (*Se extasía un momento oyendo las notas del coral.*) ¡Ah, el sublime y eterno arte alemán! (*Gritando a alguien que se va.*) ¡Herr Kamerad! ¡Herr Kamerad!, si me permite un momento... ¿Hemos dado ya con ella? [...] ¿Qué dice? ¿Está insinuando que el aparato de identificación más eficaz del mundo es incapaz de encontrarla? [...] ¡No me venga con excusas, herr Kamerad! ¡Si no se encuentra en nuestra sagrada tierra alemana iremos a buscarla fuera: Austria, Polonia, Francia, y después a Rusia, al mundo entero...! Ha de saber que el Fürher tiene mucho interés en este asunto. ¡Y esto no le gustará! ¡No le gustará nada! (*Pausa. Insidioso.*) ¿Sabe? Usted tiene un bigote... muy peculiar. Algo sospechoso. Con un bigote como este... Yo se lo podría afeitar...

*Cambio, En la cubierta del barco.*

NUMBERT 1

¿Qué le estaba diciendo...? Ah, el camarero, sí. Tendría que hablar por un tubo. Por un tubo se oye mejor la voz. Y eso... Ya le he dicho que todo es muy extraño. Podemos hablar de otra cosa, si quiere. (*Pausa.*) ¿A usted le han hablado alguna vez por un tubo? En la mina, a veces, aparecía un hombre muy alto. Como usted, o quizá más todavía. Bajaba a la galería y nos hablaba con un tubo

en la boca. “¡Compañeros del carbón! ¿Qué pasa con el descanso de los domingos?” ¿Qué pasaba? Yo no lo sabía. Entonces empezamos a no ir los domingos a la mina. Un domingo, mi hermano mayor me gritó: “Me parece que tú serás bueno con esto”, y me dio unas tijeras, una brocha, una navaja de afeitar, unas tenazas, en fin, todo lo necesario para hacer de barbero. Los domingos yo les hacía la barba, les cortaba el pelo, los afeitaba, les arrancaba una muela... Acabé siendo muy bueno, manejo la navaja muy bien. Mire. *(Saca del bolsillo una navaja de barbero y la abre.)* ¿Eh? Una vez... Una vez se me pasó por la cabeza la idea de cortarles en cuello. Por lo menos un poquito, para que no pudiesen cantar más. Habrían abierto la boca... y nada. Me habría reído mucho. *(Se guarda la navaja.)* El hombre del tubo bajó muchas veces a la galería: “¡Compañeros del carbón! ¿Qué pasa con la jornada laboral?” Y eso, ¿qué debía de ser? Cuando acababa de hablar, levantaba la mano cerrada y hacía unos movimientos extraños como si le fuese a pegar a alguien. “¡Compañeros del carbón! ¿Qué pasa con el pico y la pala?” Yo seguía sin saber. “¿Qué pasa con los accidentes?” “¿Qué pasa con los salarios?” “¿Qué pasa con las vacaciones?” ¡No lo sabía, no lo sabía, no lo sabía! Me hubiese gustado que dijese: “¡Compañeros del carbón! ¿Qué pasa con esta canción tan idiota? ¿Qué pasa con los hermanos mayores? ¿Qué pasa con el chiste 88?” Pero no lo dijo. Continuó bajando a la galería y gritando y moviendo el brazo hasta el día en que me fui.

*Cambio. Suena el teléfono. NUMBERT 2 con su palo de golf. Descuelga.*

¿Sí? [...] ¿Pero has comprado o no? [...] ¿Cómo que no? [...] Sí, te escucho. [...] Entendido, tienes una información, ¿y qué? [...] Sí, sí, es una información confidencial. Muy bien, ahora óyeme tú a mí. Cómpralo todo. ¡Todo! *(Cuelga. A la persona que no vemos.)* Mire: ¿por qué cada mañana encuentra usted pan acabado de hacer en su panadería? Muy sencillo. Porque hay alguien que gana dinero haciéndolo y vendiéndoselo a usted. Si no fuese así, usted comería piedras... Yo me hice a mí mismo. Todo lo que se compra, se puede vender. Y todo se puede comprar. Doy trabajo a millones de personas. Cualquiera puede trabajar para mí siempre que no sea uno de esos comunistas. Por cierto, eso lo habrá de poner también en su reportaje, porque acabo de comprar el diario en el que trabaja. *(Suena el teléfono. Descuelga.)* ¡Compra! ¡Compra! *(Cuelga. A la persona que no vemos.)* Mire: yo creo en el sistema, confío en Dios, en nuestra democracia y en nuestro magnífico país. Bien, ahora trabaja para mí. Quiero que publique un anuncio en mi diario. Hace tiempo que busco una persona. Necesito encontrarla. Ponga un anuncio a toda página. Saque a la calle una edición extra. Doble la tirada. Puede irse. *(Golpe con el palo de golf.)* ¡Siga la pelota y triunfe!

*El camarada NUMBERT 2 habla con otro camarada mientras despacha con un tampón en la mano, que no es sino una brocha de afeitarse.*

*(Hacia adelante.)* El siguiente. *(Lo mira.)* Así que no te gusta el bigote de nuestro papá. *(Descarga el tampón sobre el papel.)* Siberia. *(Hacia una esquina.)* Camarada, has de comprenderlo. No es que no queramos encontrarla, yo mismo en su momento quise... pero, como me dijo el camarada Lenin: ¿Por qué? ¿Por qué?

Además, hay otras prioridades. (*Hacia adelante.*) El siguiente. No te gusta el bigote de nuestro papá. (*Golpes del tampón.*) Siberia. (*Hacia la esquina.*) Claro que la puedes buscar, camarada, tienes tus derechos, pero siempre que estén conformes con los intereses del proletariado, y los intereses del proletariado los determina el partido. (*Hacia adelante.*) El siguiente. (*Golpe de tampón.*) Siberia. [...] ¿Ejecución? ¿Que prefieres la ejecución? ¡Como para escoger estamos! ¡Imperialista! (*Más golpes de tampón.*) Siberia. (*Hacia el lateral.*) Tratar de encontrar esa... como se diga, podría ser visto como una desviación, una manifestación burguesa de la más repugnante propaganda capitalista. (*Hacia adelante.*) El siguiente. (*Golpes de tampón.*) Siberia. (*Hacia el lateral.*) Mira, camarada, este deseo tuyo no encaja con las directrices del realismo socialista. Es objetivista, formalista, cosmopolitista, y al papá no le gustará. (*Hacia adelante.*) El siguiente. ¿Cuántos quedan por hoy? [...] ¿Solamente? (*Una larga descarga de golpes de tampón.*) Siberia. (*Hacia el lateral.*) Camarada, no sé de qué te quejas. Todo lo que hacemos, lo hacemos en nombre de la Historia. La meta final de la Humanidad es lo que cuenta: la culminación de la Revolución. Tú dices: No lo entiendo, hemos eliminado a 690.000 en la gran purga, 2 millones de “kulaks”, 6 millones de ucranianos por hambre provocada, etcétera, etcétera. Bien, ¿que quizá no ha sido un mal necesario para la construcción de un nuevo mundo? Si quieres hacer una tortilla, no hay más remedio que romper unos cuantos huevos. Camarada, lo más recomendable para ti sería un cambio. La Revolución necesita barberos competentes en Siberia. No quieras saber cómo crecen allí las barbas. El aire puro, imagino. (*Golpe de tampón.*)

*Suena el teléfono. NUMBERT 2 con su palo de gol practica el swing. Descuelga.*

¿Y ahora qué quieres? *(Con el terror dibujado en su cara.)* ¿Qué? [...] ¡Eso es una maniobra de distracción! [...] ¿Qué? [...] ¿65 millones? ¿Quieres decir 65 millones de dólares? [...] ¡Vende, vende! ¡Véndelo todo ahora mismo! ¡Todo! [...] ¿Qué? [...] Repítelo. [...] ¿Nada? *(Azorado, deja caer el auricular. Lentamente saca una pistola del bolsillo y se mete el cañón en la boca. Está a punto de disparar cuando se oye la radio.*

VOZ DE LOCUTORA

¿Está usted desesperado porque no puede evitar comer entre horas? En forma un minuto al día por gentileza de hojas de afeitar Numbert. *(De una forma instintiva. NUMBERT 2 se guarda la pistola y sigue las instrucciones.)* Póngase de pie, con los brazos y las manos extendidas a lo largo del cuerpo. Respire a fondo. Ahora, suba lentamente su brazo izquierdo de lado... hasta que su mano quede a la altura del hombro. Ara suba lentamente su brazo derecho hacia delante hasta que la mano llegue a la altura de los ojos. Respire a fondo. Doble el brazo izquierdo por el codo... y cierre la mano. Levante la barbilla. Y ahora sí, vaya a la ventana, coja impulso y... *(Caminando, NUMBERT 2 desaparece.)* Interrumpimos la emisión para anunciarles que hojas de afeitar Numbert han dejado de patrocinar este espacio. *(Una pelota de golf atraviesa la escena.)*

*Cambio. En la cubierta del barco.*

NUMBERT 1

Escuche este nombre, a ver si le gusta. ¡Blanche! ¿Eh? ¿Le gusta, verdad? A mí también. ¡Blanche! ¡Blanche! ¡Es tan bonito! No me

cansaría de pronunciarlo. La primera vez que lo oí, ya me gustó. “Me llamo Blanche”. Aquel nombre era todo lo contrario de lo que conocía. ¿Me entiende? ¡Blanche! Ella se llamaba Blanche, y yo en cambio, llevaba la cara sucia todo el día, todo el día estaba rodeado de carbón, me pasaba la vida en un pozo oscuro. Yo estaba sucio de pies a cabeza, y ella era limpia como su nombre. Así fue como nos encontramos. Volvíamos de noche, de la mina. Mis hermanos cantaban tan contentos aquella canción estúpida. Y vimos que había luz en la ventana. De repente, mi hermano mayor soltó: “Me parece que hay luz en casa”. ¡No podía decir: “Hay luz en casa”, y ya está! ¡Tenía que decir: “Me parece que hay luz en casa”! (Pausa.) Cuando abrimos la puerta... una mujer... muy alta... un ángel... con un vestido blanco hasta los pies... nos miraba... Nos explicó que no tenía dónde ir. Que si su padre se había vuelto a casar con una mujer muy mala que no la quería. Que su padre había muerto y su madrastra la había expulsado de casa. ¡Que la quería matar! ¡Que si había contratado a un italiano para matarla y ella no había tenido más remedio que ponerse cariñosa con él para poder escapar! Que si no la querían en ningún sitio. En fin... En seguida me di cuenta de que todo eran cuentos. Nos explicaba todo aquello para hacernos llorar. ¡Quién podría creer una cosa así! Pero yo no decía nada. Tenía tantas ganas de que se quedase con nosotros. Mi hermano mayor tomó una decisión: “Me parece que no puede volver a su casa”. ¡Qué inteligencia! Desde el momento en que la vi... Ya se lo puede imaginar. Porque, además, ¿sabe lo que había hecho mientras estaba sola en casa? ¡Había enderezado el cuadrado de la mar! Ella había aparecido y... ¡era para mí, y yo para ella! ¡Blanche! ¡Mi Blanche! ¡Blanca! ¡Blanquita! ¡Blanca! ¡Blanca de nieve! Tengo 59 formas de nombrarla, 365 maneras de pensar en

ella... No, disculpe, sin números, sí, sin números. (*Pausa.*) Pasaron exactamente... Bien, pasó un tiempo. Blanche se encargaba de enderezar el cuadrito todos los días, y de limpiarlo. Mi hermano mayor le decía lo que tenía que hacer. Estábamos muy contentos. Pero los idiotas no dejaban de hablar con ella. De noche, siempre había uno u otro que se metía en su habitación, ¡y bla, bla, bla! Yo les oía hablar desde mi cama. Yo, en cambio, ¡no podía! Sólo le escribía palabras sueltas. Gasté 568 barritas de tiza en aquellos días. Pero no era lo mismo. ¿Qué podía hacer yo con una barrita así? No podía hablarle como hacían ellos. Pero tenía una voz, mi voz. Cuando los otros se dormían, acercaba los labios a la pared y le decía que la amaba. Bla, bla, ¡Blanche! Ya sé que nunca podía oírme. Muchas veces tuve ganas de subirme a una silla y ponerme a chillar. Se lo hubiesen tomado como un milagro o algo por el estilo. En concreto, hubo una noche en que estuve a punto de hacerlo. Después de cenar, Blanche se sentaba con nosotros para escuchar nuestros chistes. Ella no podía contar ninguno, naturalmente. Los chistes son cosa nuestra. Así de ha ser, ¿verdad que sí? Es lo natural, pero ella no lo comprendía y siempre se enfadaba. Aquella noche lo supe, lo supe sin la menor duda: ¡ella era el amor de mi vida! Quería quedarme con ella para siempre. Tan pronto acabaron de contar el chiste número 87, cogí mi pizarrita y escribí el número 88 lo mejor que sabía: dos ochos gruesos, bien redondos. Mostré la pizarra, ¿y a que no sabe lo que pasó? Blanche se rió. Se rió con el chiste 88, ¡con mi chiste! Y además dijo con aquella voz tan dulce: “¡Oh, Numbert! ¿Qué quiere decir?” Fíjese sobre todo en la expresión: “¡Oh, Numbert!”. ¡Era lo más hermoso que me habían dicho nunca! ¿A usted nunca le han dicho “oh” de esta manera? ¿No? ¡Qué pena! Entonces usted no sabe... Pero no

se preocupe: algún día alguien se lo dirá, ya lo verá. (*Respira a fondo. Desde la barandilla contempla el mar.*) No sé si tiene algo que ver, pero cuando el hombre que hablaba con el tubo volvió a la mina... A ver si usted lo entiende. El hombre movió el brazo como hacía siempre y dijo: “Compañeros, ¿qué pasa con nuestro carbón?” Y aquella vez, sí. Aquella vez empecé a darle vueltas a lo que había dicho. Sí, porque... Eso mismo: ¿qué pasaba con el carbón?” ¿A dónde iba a parar? El carbón sirve para muchas cosas. Para que este barco pueda ir tan rápido, por ejemplo. O sea que vale algo, vale dinero. Estaba seguro de que mi hermano mayor tenía algo que ver con aquel asunto. Pensé en explicárselo al hombre del tubo, pero se me ocurrió otra pregunta. Oiga: si aquel hombre nos llamaba “compañeros” y hablaba de “nuestro carbón”, ¿por qué no llevaba la cara sucia como nosotros? Muy extraño, ¿verdad? ¿No se le ocurre ninguna explicación? A mí tampoco. (*Pausa.*) Y un buen día, no se asuste ahora, tiré la pala y me marché de la mina. ¡Yo solo! Me volví a casa para hablar con ella. Iba muy contento, sin haber de soportar canciones idiotas, únicamente oía cantar a los pájaros, ¡y pude ver el sol que me daba en la cara! El sol es muy bello, ¿verdad? Y el viento movía los árboles. Ahora se iba a acabar para siempre eso de ser mudo. ¡Podía hablar con Blanche como ellos! ¡Mejor que ellos! Abrí la puerta de golpe... ¡Mi Blanche!... Cogi mi navaja de afeitar... y ¡chac!, le corté el cuello. (*Se escucha un fuerte portazo. Ríe, como arrepentido por lo que ha explicado.*) ¡No, no se asuste! ¡No es verdad! ¡No es verdad! Lo he dicho para comprobar si me escuchaba todavía. (*Confidencial, como quien explica un gran secreto.*) ¿Sabe? Cuando entré, estaba desnuda. Sin ropa, ¿comprende? Una mujer desnuda es... tiene unos... ¿No ha visto

esos cuadros o estatuas que...? Pues lo mismo, pero de carne. Me acerqué, y ella me cogió y me estrechó, así, contra su cuerpo. Yo tenía la cara enganchada a su... al vientre, pero más abajo. ¡Olía tan bien! Es como una barba pero más suave. ¡Así estuvimos ocho segundos! (*Poco a poco empezará a llorar.*) ¡Sólo he sabido lo que es ser feliz durante ocho segundos! No es mucho. Después abrí los ojos y vi que a su lado estaba la maleta. ¡No me lo podía creer! Aquel abrazo... ¡Se estaba despidiendo de mí! Alcé la cara dispuesto a hablarle... Abrí la boca... Ni una palabra... Hice toda la fuerza que pude... Nada... ¡Me había quedado mudo! ¡Mudo de verdad! Ella se puso su vestido blanco y antes de salir, dijo: “Tendríais que cambiar tanto que... Adiós! Yo, no sabía qué hacer. Descolgué el cuadro de la mar y se lo di. No quería que me olvidara. No quería que se fuese. Yo... Quería abrazarla otra vez. Cogió su maleta y se fue dando un portazo. Aún lo escucho cuando sueño, lo tengo metido aquí dentro. ¡Blanche!... ¡Mi Blanche!... ¡Blanquita! (*Llora.*) ¿Sabe cuántas maletas hay en el barco? 11.524. (*Llora en silencio, con los gestos de un niño. Poco a poco se serena.*) Usted estará pensando lo mismo que yo pensé entonces: ¿qué había querido decir Blanche cuando se fue? “Tendríais que cambiar tanto...” Es como el chiste 88. Mis hermanos, cuando se enteraron, comenzaron a inventarse historias absurdas: “Se ha muerto por comer fruta pasada”. “Se ha marchado con un hombre muy alto... Y muy rico que ha venido a buscarla”. ¡Eran tan tontos! ¡Por su culpa! ¡Por su culpa me quedé sin ella! ¡Había que matarlos a todos!

*Cambio. En un bombardero, en pleno vuelo, NUMBERT 2 grita para que le oiga la persona con la que habla.*

Muertos: 55 millones. OK. Heridos: 35 millones. OK. Desaparecidos: 3 millones. OK. Bajas civiles: 30 millones. OK. Bajas civiles por bombardeos: aproximadamente un millón y medio. ¡Aproximadamente! ¿Lo ves? Dice aproximadamente millón y medio. ¿Qué quiere decir? Eso no es científico. Hay que redondear las cifras, Por eso traje conmigo la fórmula: ¡números redondos! OK ¿Dónde estamos?... [...] ¿Hiroshima? OK. ¡Suéltala! [...] Sí, ya sé que no es imprescindible para ganar esta guerra. Mira: el problema es que ella está allá abajo, en algún lugar, pero hay demasiada gente. Impiden la visión, y así no la encontraremos nunca. ¡Hay que aclarar! ¡Aclarar! ¡Así, de paso, se enterarán estos comunistas de quién manda aquí! OK. Venga, ¡lanzadla ya! ¡Ahora! (*Pausa.*) ¿Ves algo? [...] ¿Un hongo? ¿Cómo que un hongo? (*Mira hacia abajo.*) ¡Oh, sí, qué espectáculo! ¡Terrorífico, maravilloso! Ahora, habrá que esperar a que se disipe el humo. ¿Te das cuenta? Ya tenemos cien mil más. Pero todavía no redondeamos. ¿Qué hay por aquí cerca? [...] ¿Nagasaki? OK. Vamos a arrojar la otra. Cien mil más y creo que ya nos saldrán las cuentas.

*Cambio. En la cubierta del barco.*

NUMBERT 1

Una mañana no pude aguantar más, me levanté antes que nadie, cogí mis cosas y me fui a buscarla. Si usted fuese ella, ¿a dónde hubiese ido? ¡A la ciudad, naturalmente! Cuando llegué, llovía. La lluvia es bonita. Estuve buscándola durante cuatro días y cinco horas hasta que no pude más y por una ventana me metí en un edificio muy grande para dormir. Dentro todo estaba muy oscuro, pero a mí eso me es igual. Y a la mañana siguiente, ¡pam!, me despertaron de un trompazo. Me había colado en el Teatro de la

Ópera, ya sabe: donde se canta. Me dijeron que me tenía que quedar a trabajar, que necesitaban a alguien como yo, y que si no me llevarían a la policía. Allí me darían de comer, y una cama en el subterráneo. Les dije que sí. No señor, no tenía miedo, es que, ¡uf!, tenía mucha hambre, ¿sabe? Trabajaba de apuntalador. En el teatro cantaba la Panetone. ¡Era la diva! Con el vestuario y las joyas, 182 quilos, por lo que no se podía mantener en pie. Cuando salía al escenario, yo había de ir corriendo, meterme debajo de sus faldas y sostenerla, así, con las manos, para que no cayese. Así me pasaba el tiempo que duraba la función. No era muy diferente a trabajar en la mina: sudaba lo mismo, estaba oscuro y se respiraba mal... Me hubiese gustado quedarme más tiempo, pero pasó aquel accidente... Una noche, el jefe de escenario me llamó, como siempre: “¡Numbert, te toca; vamos a empezar!” Era una rutina. Entré en el escenario y me puse debajo de la Panetone. La Panetone estaba hablando con alguien, pero no oía muy bien lo que decían. De repente, se puso a caminar. Anduvo un momento, subió unas escaleras, caminó más; después, otras escaleras... Y yo, debajo, sosteniéndola todo lo bien que podía. ¡Aquello no era normal! Al final se detuvo. Entonces oí unos aplausos, y después comenzó a sonar la música. Aquella noche tocaba “La Travista”, pero la música que se oía era otra, una canción que me era familiar. Todos la cantaban. (*Canturrea: “God save the Queen...”*) ¡No, no era nada normal! Y allí abajo, naturalmente, no se veía nada. Liberé una mano para encender una cerilla. No era la primera vez que lo hacía. Alguna noche, si la ópera era muy larga, me llevaba algo para leer. (*Canturrea.*) Levanté la cabeza: las inmensas bragas de siempre. Me fijé que llevaban una “V” grande, bordada, de color rojo, y pensé: “Mira, se ha hecho bordar la inicial de su personaje, la

“V” de Violetta. ¡Qué tontaina es!” Las divas son así, ¿sabe?, son unas caprichosas y unas maniáticas. Entonces oí cerca la voz de una mujer: “Eduardo, qué calor, me parece que vuelvo a tener almorranas”. Apagué la cerilla inmediatamente. (*Canturrea.*) No podía creer que... estaba debajo de la... ¡Debajo de “Ella”! Y sosteniendo con las manos su... ¡La “V” no era “V” de Violetta! Sólo hay una forma de describir la situación: ¡le estaba tocando el culo a Su Majestad la Reina Victoria! (*Canturrea.*) Las gotas de sudor me resbalaban por las mejillas. Tenía todo el cuerpo mojado. Estaba entumecido. Tenía tanto miedo que empecé a decir barbaridades: “¡Yo, Numbert, un pobre minero, un compañero del carbón, estoy sosteniendo el Imperio con mis manos! ¡Viva el sufragio universal!” (*Canturrea.*) ¡Como me hubiese gustado no ser mudo para cantar también! Así se hubiese suavizado algo la situación. La gente acabó de cantar, y Vicky se me sentó encima. Le digo Vicky porque para mí ya... es como de la familia. Y al sentarse, pasó lo que... Dio un grito tan fuerte que hube de sacar la cabeza. Vicky y los demás se me quedaron mirando, con la boca abierta. Después la guardia se puso a perseguirme, se armó un escándalo en todo el teatro, yo... Llegué a oír como alguien decía: “La Reina ha parido en su palco.” ¡Todos se habían vuelto locos! (*Pausa.*) Tuve un juicio rápido. Ellos preguntaban y preguntaban, y yo abría la boca y hacía fuerza, pero no podía contestar. ¿Que no se daban cuenta? ¡Era mudo, coño! Perdón. (*Pausa.*) Me enteré que era un anarquista que había atentado contra la Reina y no quería hablar para encubrir a mis compañeros. Ya no era el compañero del carbón, era el compañero de la anarquía. Me metieron en la cárcel. La prisión era muy fea. Compartía celda con un hombre que se llamaba Luigi. En seguida nos hicimos buenos amigos. ¡Compañeros! Teníamos muchas

cosas en común: yo era barbero y él sabía hacer la manicura. ¡A Luigi le había pasado lo mismo que a mí! Sí, sí. Fíjese: estaba descansando unos días en Ginebra y fue a dar una vuelta por las orillas del lago. Mientras paseaba, sacó una lima del bolsillo para limarse una uña. Como iba distraído, tropezó y fue a dar contra una mujer que pasaba por allí. Bien, pues a él también lo atraparon. ¿Y sabe qué? ¡Le acusaron ni más ni menos que de haber asesinado a la Emperatriz Elisabeth de Austria! ¿Puede creérselo? ¡A veces este mundo cuesta de entender!

*Cambio. Ante un muro con grafitos. NUMBERT se acerca con cuidado y siempre vigilante. Aplica un fonendoscopio al muro y busca el lugar adecuado. Habla a alguien que está al otro lado.*

¡Blanche! ¡Blanche! ¿Estás ahí? *(Consulta su reloj.)* ¡Blanche! Me han dicho que te encontraría aquí. Soy el agente Bert. Num Bert, tu enlace del servicio secreto. Blanche, si estás ahí, quédate en silencio durante cinco segundos como señal. *(Pasan cinco segundos.)* Entendido; ahora, presta atención: tengo la información. Viene en un mensaje cifrado. El código para descifrarlo lo encontrarás en el hotel, dentro de la brocha de afeitarse. Y el código para descifrar el código se lo has de pedir al conserje de noche, pero se lo has de pedir en clave. Esta clave la encontrarás en el código especial que también está en clave. He de apresurarme, los de la CIA piensan que trabajo para el KGB, y los del KGB, que trabajo para la CIA. Lo tengo decidido: en cuanto sepa en qué lado estoy, me pasaré al otro. Acércate y pega la cara a la pared. *(Él acerca los labios al muro. Recita unos versos de "Cyrano de Bergerac", acto III, escena VII.)* ¿Lo has cogido? ¡Blanche! ¡Blanche!

¿Estás ahí? ¡Blanche! (Se escucha una sirena de la policía. NUMBERT 2 huye.)

*El camarada NUMBERT 2 vuelve a hablar con otro camarada, mientras va llamando a otros. Lleva un zapato en la mano.*

*(Hacia adelante.) El siguiente. O sea que te gustaba más el bigote del papá. (Zapatazo sobre la mesa.) Expulsado del partido. (Hacia una esquina.) Camarada, me alegra que hayas vuelto. Tienes buena pinta, y has adelgazado, que ya lo necesitabas. (Hacia adelante.) El siguiente. O sea que... era mejor el bigote... (Zapatazo.) Expulsado. (Hacia la esquina.) Ya lo ves, no tenemos tampones, y encima he de utilizar mi propio zapato. (Hacia adelante.) El siguiente. (Zapatazo.) Expulsado. (Hacia la esquina, confidencial.) Escucha, camarada, ¿todavía buscas a esa...? Bien, ya sabes. Un momento, (Hacia adelante.) El siguiente. ¿Cuántos quedan por hoy? Entendido. (Se saca el otro zapato y hace un "zapateado" encima de la mesa.) ¡Listo! (Hacia el lateral.) Mira, camarada, quizá a mí también me interesaría encontrarla. Puedes intentar ir al Presidium, a través del Comité Central, a través del Congreso del Partido, a través del Comité Local donde has de presentar el formulario... ¡Ostras, ya no me acordaba! Tampoco tenemos papel. Ni navajas ni espuma de afeitar. (Pausa.) Sí, ya lo sé: 20 millones de cadáveres, ¿para qué? Y pensar que los chinos ya van camino de los 65 millones.*

*NUMBERT 2 fuma un porro, visiblemente colocado, transportado, etéreo y rodeado de una música mística. Los colores bailan en el aire.*

¡Ommmmm! ¡Paz y amor! ¡Ommmmm! ¡Amor, amor, amor!...  
¡Hostia! ¡Hostia, tía! ¡Voy en una barca! ¡Genial! Veo árboles de  
mandarina y cielos de mermelada y flores de celofán que crecen en  
mi cabeza. La veo, la veo, ¡la he encontrado! ¡Blanche en el cielo,  
con diamantes! Los tiempos están cambiando. Hagamos la  
revolución del amor y las flores. Acabemos con esta moral caduca,  
materialista y represora de las anteriores generaciones. ¡Paz y  
amor! Vivamos unidos con la naturaleza, hagamos el amor con  
todos y sin parar, mientras escuchamos las canciones de Lennin y  
McArthur. ¡Todos a la calle! Derribemos los muros, arranquemos los  
adoquines del suelo para construir el futuro. Uno, dos, mil millones  
de personas, cada una con su adoquín. No hay nada prohibido. Y al  
que no tenga su adoquín, nosotros se lo proporcionaremos.  
(Pausa.) Mil millones de adoquines... Si los fabricásemos en serie  
con material reciclado... a dos euros de nada, redondeando cada  
uno... en cuestión de pocos años... ¡2 mil millones!... ¡La  
multinacional del adoquín!... ¡Hostia, tía, cómo sube esto! ¡Qué  
pasada! ¡La imaginación al poder!

*Cambio, En la cubierta del barco.*

NUMBERT 1

Me tuvieron 12 años encerrado en la prisión. 4.380 días pensando  
en mi Blanche, imaginándome donde estaría. Luigi y yo nos  
pasamos la última noche del siglo comiendo higos secos y  
dibujando en las paredes. Ahora los años ya no empezarían por un  
uno y un ocho, empezarían por un uno y un nueve. ¿Se da cuenta?  
Antes era un ocho y ahora es un nueve. Lo que antes era vacío,

ahora es nuevo<sup>1</sup>. Algo tiene que querer decir. ¡Nunca había echado tanto en falta a Blanche como cuando estuve metido allí dentro! Juré que cuando saliese la encontraría costase lo que costase. Pero lo primero que hice fue regresar a casa. ¿Sabe por qué? Se me ocurrió que quizá Blanche había vuelto. ¡A buscarme, claro! Había pasado tanto tiempo... Cuando estaba llegando a casa vi que la puerta estaba abierta. ¡Es ella!, pensé. ¡Está aquí! No podían ser mis hermanos porque aún era de día y ellos tendrían que estar en la mina. Estaba temblando. Blanche debía estar al lado del hogar, con su vestido blanco, como el día en que la conocí. ¡O quizá estaría desnuda! Ya notaba su olor. Un perfume de florecitas. 200 pasos más y volvería a estar con ella. No, no haría falta que me hablase de lo que había hecho. Me daba igual. La perdonaba, sí, la perdonaba. Empujé la puerta. Aquella puerta con la que sueño tan a menudo. No estaba. Ni rastro de mi Blanche. Todo estaba sucio, desordenado, como si la casa hubiese estado abandonada desde hacía mucho tiempo. ¿Y sabe a quién me encontré allí? ¡Al hombre del tubo! No sé qué haría allá. Me dijo que ya no vivía nadie en aquella casa, que la mina estaba cerrada y que no tenía ni idea de dónde estaban mis hermanos. “¿Y Blanche?” le pregunté. “¿Qué Blanche?” “Una mujer muy alta, como un ángel. ¿Por casualidad no la habrá visto?” “¿Un ángel? ¡Están los tiempos para gilipolces. ¡Más vale que te largues de aquí!” ¡Mi Blanche, una gilipollez! Me explicó que había habido una epidemia de gripe. Se había muerto mucha gente. ¿Usted ha oído hablar de la gripe? A lo que parece es una enfermedad muy peligrosa. La gripe son unos bichitos así, muy pequeñitos, que vuelan muy deprisa por el aire haciendo mucho ruido, y cuando se te meten dentro del cuerpo se transforman en

---

<sup>1</sup> Juego de palabras en catalán: vuit / nou, buit / nou. Es decir: ocho / nueve, vacío / nuevo.

bolitas de plomo. A eso lo llaman metamorfosis. Y, claro, te sale la sangre y no respiras. En seguida me fui de la casa. Allá ya no quedaba nada de mi vida anterior y, además, no quería contagiarme. Comencé a caminar y, al cabo de un rato, me di cuenta de que había llegado ni más ni menos que a la entrada de la mina. No sé por qué, pero algo me empujó a bajar. Era como si fuese a pisar aquella tierra negra por primera vez. Abajo todo estaba desierto, oscuro, tan triste y tan vacío... Me daba la impresión de que nada había sucedido. ¿Y si todo hubiese sido un sueño? Blanche no había existido nunca, no era de verdad. Quizá dentro de un momento, ¡plaf!, me despertaría. Aún no habría salido el sol y, como cada día, me iría a la mina con mis hermanos.

*Cambio. NUMBERT 2 camina sobre la luna.*

¡Un pasito para mí, pero un gran paso para la Humanidad! *(Pausa.)*  
¡Houston! ¡Houston, tenemos un problema! [...] ¿Seguro que los rusos no han llegado antes y se la han llevado? ¿Aquí no está?  
¡Aquí no hay nadie! Ya he mirado por todas partes. Regreso a la nave. [...] ¿Otra vez? Pero, ¿grabáis o no grabáis? [...] Si la gente no se lo cree, ¿qué queréis que haga? [...] De acuerdo, la última vez. ¡Un paso para mí, pero un gran paso para la Humanidad!  
*(Levanta el pie para dar el paso. Se detiene.)* ¡Houston, Houston!  
¡Tengo otro problema! No recuerdo dónde he puesto los veinte millones de minas. ¡Houston! ¿Y ahora qué hago? [...] ¿Que quiere que me la juegue? ¿Desde cuándo dejamos algo en manos del azar? ¡La nave está a doscientos metros! ¡Eso son doscientos pasos! ¡Houston, Houston! *(Atemorizado, se dispone a dar un paso. No sabe dónde poner el pie. Se decide. Respira aliviado.)* Ciento

noventa y nueve. *(El proceso se repite hasta que se acaba convirtiendo en una danza grotesca.)*

*Cambio. En la cubierta del barco.*

NUMBERT 1

Así pues, adiós a la casa, adiós a la mina... Y adiós a mis hermanos. Y mi Blanche, ¿dónde estaría? Lo único que deseaba era encontrarla. Pero, claro, no podía plantarme delante de ella así, sin poder decirle nada. De manera que, antes que nada, me fui a Viena. Luigi me había hablado de un médico que había inventado un tratamiento para curar casos como el mío. El doctor Weissberg me recibió en su consultorio. Es un hombre muy alto, con barba, y tiene una voz muy bonita. “No sé lo que le habrán explicado, joven, pero yo no trabajo como aquel sinvergüenza de Sigmund. Nada de divanes, yo utilizo una silla. Ahora mismo estamos torcidos. Si, encima, adoptásemos una posición horizontal, nuestros fluidos inconscientes se derramarían, caerían y tendríamos que recogerlos con una bayeta. En cambio, si nos ponemos rectos, nuestros fluidos brotan en forma de palabras. “¿Se da cuenta?” ¡El cuadrado de la mar! Le pregunté por qué hablaba de “nosotros” si el mudo era yo, pero él continuó como si nada: “Antes o después tendremos que abrir la boca si no queremos tragar y llenarnos el estómago de sueños. Y ya sabemos cómo y por dónde salen después, ¿verdad?” Me hizo sentar en una silla enorme y me dijo que cerrase los ojos. Noté que me pasaba por la frente una especie de pincel. “Imaginemos que flotamos en el agua, en una noche negra y fría. Dejemos que nuestra mente vague libremente, lejos... más lejos... más lejos...” Casi sin darme cuenta, comencé a ver a todas aquellas cosas tan extrañas. Primero vi, encima de mí, unas bragas

gigantes, con una inmensa “V” roja. Entonces subía hacía arriba y empezaba a entrar de cabeza por... ya sabe... por la barba de la Reina. Cada vez más adentro, más adentro. Y una vez allí... resultaba que estaba en la mina. Había muchas galerías, todas húmedas y oscuras. Echaba a correr hacia una parte, hacia otra, pero no encontraba la salida: me había perdido. ¡Era un laberinto! De repente, veía a Blanche delante de mí. Llevaba una linterna en la mano y me decía: “Ven conmigo. Ven, tú, cansado y pobre; tú que rabias por respirar el aire libre. Levanto mi lámpara ante la puerta dorada.” Yo intentaba seguirla. ¡Blanche, Blanche! Pero ella corría tanto que cada vez estaba más lejos, sólo me quedaba un puntito de luz al fondo; y al final, hasta el puntito se desvanecía.

*Cambio. NUMBERT 2 aparece llevando en lo alto una pala. Llega al punto indicado y espera que las personas a las que habla lleguen.*

Por favor, síganme. Vengan por aquí. Dejen sitio para los últimos, por favor. Bien, aquí tenemos una de las famosas fosas comunes de las que les hablé ayer, descubierta hace unos meses por los arqueólogos. Para que les queden las cosas claras de una vez por todas, les explicaré la situación. Los oumenés de Bonnada tenían como desagradables vecinos a los nippos de Pommedé. Los nibbonis de Bonaris se entendían unas veces con los nippos de Pommedé y otras con los rijabones de Carabule para amenazar a los oumenés de Bonnada, naturalmente después de aliarse con los bitules de Rotrarque, o después de neutralizar momentáneamente, mediante pactos secretos, a los rijobettes de Biliguette que estaban situados en la vertiente de los kolvites de Beulet que ocupaban el país de los oumenés de Bonnada y la parte noroeste del Turitari de los nippos de Pommedé, más allá de los Prochus de Osteboule. La

situación, naturalmente, no siempre se presentaba de una forma tan sencilla teniendo en cuenta que entre los propios oumenés de Bonnada coexistían cuatro comunidades: los dohommedés, los odobomemdés, els orodommedés y, finalmente, los dovoboddemonedés. ¿Alguna pregunta? En esta fosa se han encontrado enterrados 3.000 cuerpos, pero no la momia de la diosa Blanca, tal y como se esperaba. Fíjense en las bolsas de plástico que cubren las cabezas, hechas a mano por niños artesanos. La prueba del carbono 14 ha permitido establecer que la fosa tiene una antigüedad de dos años y medio. Si quieren, ahora pueden aprovechar para comprar postales y cráneos de recuerdo antes de volver al hotel. Recuerden que mañana por la mañana visitaremos Vietnam, Camboya, Argentina, Chile, Afganistán y Bosnia. Por la tarde, los que se hayan apuntado a la excursión a Ruanda, no olviden traerse la careta antiséptica. Por aquí, por favor.

*El camarada NUMBERT 2, muerto de frío, habla con su camarada. Mira fijamente algo que tiene delante.*

Aquí lo tienes, camarada. ¿Qué podríamos hacer? Parece tan fresco como el primer día. Nadie diría que ya sólo es una momia. *(Se escucha como llaman a la puerta.)* No te dejes engatusar por los rumores que corren. Simplemente... está dormido. *(Más golpes.)* ¡Ya va! *(Rápidamente se coloca una calva y una perilla. Abre la puerta y habla hacia fuera, imitando al camarada Lenin.)* Ah, sois vosotros. Creedme, camaradas, aquí no queda nadie. Ya lo veis, me han dejado solo, y creedme, yo hago lo que puedo, pienso en ello noche y día, no hago otra cosa más que buscar soluciones y respuestas. ¡Pero resistid, camaradas! ¡Resistid! Muy pronto os mostraré el camino, muy pronto os diré *qué hacer*. Volved mañana.

Mañana. *(Cierra la puerta. Al camarada.)* Son mineros. Caras sucias, estómagos vacíos. Hace años que no cobran el salario. Estos seis vienen cada día. Caminan sin rumbo, de un sitio a otro, como fantasmas. *(Saca una botella de vodka.)* ¿Un poco de calefacción central, camarada? *(Bebe.)* Mi madre acostumbraba a explicarme un cuento. La princesa dormía, como muerta, en una urna de vidrio, y aquellos hombrecitos la velaban mientras esperaban que pasara algo, que por fin despertase. *(Pausa.)* ¿Cuándo crees que nos podrían dar por la momia? La hemos puesto a subasta. Estoy esperando las ofertas. La televisión... un parque temático... Un museo arqueológico... ¡Para algo servirá! Hale, bebe conmigo mientras esperamos. Dios está demasiado arriba y el zar demasiado abajo.

*Una pelota de golf llega a escena. NUMBERT 2 aparece con su palo de golf detrás de ella. Suena el teléfono. NUMBERT 2 se queda paralizado. Con reticencias, descuelga.*

¿Sí? [...] ¡Gracias a Dios, por fin! [...] No, eso es lo mismo. No nos importa ni dónde, ni quienes son, ni qué han de decir, sólo la cantidad, la cantidad. ¿Cuántos? [...] ¡800 millones! ¡Fantástico! ¿Y cómo respira la gente? [...] ¡Perfecto! Abre los almacenes y comienza a cargar, y acelera la producción en Singapur. [...] Pero, ¿qué quieren? [...] De acuerdo, aumentales hasta medio dólar la hora. *(Cuelga. Habla hacia el público.)* Señores, la naturaleza está de nuestra parte. 800 millones de necesitados esperan con la mano tendida. Ha llegado la hora de la reparación humanitaria. Las televisiones están lanzando mensajes de solidaridad. Pero no se preocupen, nadie la encontrará antes que nosotros. Hemos de ser los primeros en movilizarnos y dar ejemplo. ¡Solidaridad! Propongo

una aportación inmediata de 100 millones de kits de afeitarse de urgencia a Barberos sin Fronteras. *(Haciendo el gesto de detener una acción.)* No, no, comprendo sus sentimientos, pero no aplaudan todavía. A cambio de esta aportación, el gobierno nos ha dado la garantía de que finalmente habrá guerra. El anuncio ha hecho que la bolsa comience a subir. *(Volviendo a hacer el gesto.)* No, no, aún no, aún no. Si hacen una sencilla operación aritmética se darán cuenta de que, debido a la nueva situación, serán necesarios varios millones de kits más, que venderemos al Estado a un precio, digamos, ajustado. El mundo agradecerá nuestro humanitarismo y los dividendos se triplicarán a final de año. Señores, ya volvemos a estar aquí; ahora sí, ya pueden exteriorizar sus sentimientos. *(Se escucha un aplauso prolongado. NUMBERT golpea la bola con su palo y sale tras ella.)*

*NUMBERT 2 con un teclado de ordenador en las manos, en medio de una música ensordecedora, le grita a alguien que no le oye.*

Ahora sí que la encontraremos. [...] ¡Que ahora sí que la encontraremos! Tengo acceso a todo, a donde sea, puedo verlo todo, comunicarme con todos. [...] ¡Que me puedo comunicar con todos! Tengo todo el mundo metido aquí: seis mil millones de personas con todos sus datos actualizados, y puedo hablar con ellos como si estuviesen aquí delante. [...] ¡Que puedo hablar con ellos como si estuviesen aquí delante! Es una red infinita y ella está dentro. Todo está en la red. [...] ¡Que todo está en la red! Sólo hay que navegar hasta encontrarla. [...] ¡Que sólo hay que navegar! [...] ¡No! ¡Na-ve-gar! La puedo encontrar con un solo dedo. [...] ¡Que sólo tengo que mover un dedo! [...] ¡No, con un dedo! Fíjate.

Escribo su nombre: b, l, a, n, c, h, e, Blanche y... (*Aprieta la tecla de enter.*)

*Efecto de luz. Humo. Avanzando desde el fondo, NUMBERT 2 vuelve a la trinchera del comienzo con el teclado del ordenador en bandolera, como si fuese un fusil.*

A sus órdenes, mi teniente. [...] Sí, mi teniente. He ido arrastrándome hasta la trinchera enemiga. Estaban allí, delante de mí, aquellos hijos de puta. Ni tan solo se imaginaban que los estaba mirando a pocos metros. Cinco, para ser más exactos. Había un soldado, y después ha aparecido un oficial. ¡Imagínese qué oportunidad! Un objetivo fácil. He cogido el fusil. Sólo tenía que mover un dedo. Sólo un dedo, mi teniente. He disparado al oficial y ha caído, después al soldado... ¡A la mierda los dos! Pero cuando regresaba he visto que el oficial y el soldado aún estaban allí. He vuelto a disparar, han vuelto a caer, pero en seguida han vuelto a aparecer. Yo disparaba y ellos caían y volvían a estar allí, siempre los mismos. ¡Los he matado 8.700.000 veces! Hasta que me he fijado bien. El soldado iba y venía como si llevase mensajes de un lado a otro. Estaba muy cansado, y tenía la cara sucia. Y el oficial... ¡El oficial, mi teniente, se estaba afeitando el bigote! ¡Eran como nosotros! ¡Como usted y como yo, mi teniente! Hacían las mismas cosas que nosotros hacemos todos los días. ¡Era como mirarse en un espejo! Y no he vuelto a mover el dedo, mi teniente. No quiero matarme más veces. ¿Por qué me mira así, mi teniente?

*Un foco de luz cegadora sorprende a NUMBERT 2.*

VOZ EN OFF

Póngase en pie el acusado. Responda a la pregunta 88, (*NUMBERT 2 trata de hablar, pero no puede.*) ¡Responda a la pregunta 88! (*Ídem.*) ¿No desea decir nada antes de que el tribunal dicte sentencia?

*Rodeado por una dulce y limpia melodía celta, NUMBERT 2 va a la pizarra. La borra. Dibuja sobre ella con trazos infantiles: unas líneas sinuosas como el mar, y encima un barquito de vela, una luna y unas estrellas en el cielo. Señala con ansiedad el dibujo.*

VOZ EN OFF

Este tribunal declara al acusado, culpable. No ha encontrado a Blanche, como nos prometió, y lo que es peor: ya no vende. Se le condena a morir en la silla eléctrica. Por razones de interés general, la ejecución será retransmitida por televisión en horario de máxima audiencia. Se levanta la sesión.

*NUMBERT 2 estaba sentado en la silla. Escupe una pelota de golf que tenía en la boca.*

¡No! ¡No me podéis hacer esto! Si me hubiesen escuchado. ¡Es inhumano! Precisamente hoy... ¡Hoy es mi cumpleaños! ¡Nooo!

*Se escucha un enorme portazo.*

*Cambio. En la cubierta del barco.*

NUMBERT 1

En aquel preciso instante me desperté. ¿A que es extraño? ¡Pero podía hablar! ¡Estaba escuchando mi propia voz! ¡El doctor Weissberg me había curado! Había pasado tanto tiempo sin hablar que no recordaba qué voz tenía. Todo lo que había visto mientras

estaba sentado en la silla... Le pregunté al doctor Weissberg qué significaba todo aquello. El doctor Weissberg estuvo un rato dando vueltas por la habitación con la mano en la cintura, hasta que al final se dio la vuelta de repente y dijo: “Tenemos un agujero en la suela del zapato”. “Pero doctor, ¿quiere decir que...?” Entonces sonó un timbre. El doctor Weissberg se sentó: “Se ha acabado nuestro tiempo. ¿Pagamos ahora o al recibir la factura? El doctor Weissberg es muy sabio. Si alguna vez se queda mudo, vaya a visitarlo... (*Ve a alguien.*) ¡Eh, capitán! ¡Capitán! (*Va a un lateral, llamándole. Después, regresa.*) Era el capitán. No me debe de haber oído, ni siquiera se ha girado. No sé qué pasa esta noche, todos tienen prisa, nadie oye nada. ¿Sabe que en el barco hay siete oficiales? Seis oficiales y el capitán, siete. No es un número demasiado bueno para tripular un barco. ¿Qué hora será? (*Consulta su reloj de cadena.*) Vaya, ya son las once y media y sólo he podido invitarle a una botella. Si algún camarero quisiese acercarse un momento y escucharme... Nos traerían otra botella y pediríamos una canción a la orquestina. Piense en una. Una bien bonita, para que nos acordemos siempre de esta noche... ¿Hay ocho músicos en la orquestina, lo sabía? ¿Lo ve? El ocho sí que es un buen número. ¿Tiene frío? Quizá prefiera irse a dormir. ¿No? En el barco hay 333 cabinas de primera clase, 207 de segunda y 222 de tercera. ¡Y 2.000 ojos de buey! ¿Ha pensado alguna vez en los litros de orina que se producen en esta barco todos los días? ¿Y en una ciudad? ¿Y en todo el mundo? ¿Nunca ha pensado en el número de personas que ha vivido en el mundo hasta el día de hoy? Es algo tremendo... Es... Ya estoy otra vez. No lo puedo evitar. ¿Hablo demasiado, verdad? Debe de ser para recuperar el tiempo. ¿Sabe? Apenas salí de la consulta del doctor Weissberg, tenía tantas ganas

de hablar que me fui a una casa de esas donde viven unas mujeres que por dinero te escuchan un rato. Me pasé veinte días hablando sin parar. Al principio era divertido. Después se me secó la lengua. Hablo y hablo, palabras y más palabras, una detrás de otra. Bah, son palabras que ya se han dicho antes, que usted debe de haber escuchado en muchas ocasiones. (*Pausa.*) Yo... quería pedirle una cosa. (*Cambia de tema.*) ¿Le parece que así estoy bien? Quiero decir, si a ella le gustará mi aspecto. No estoy acostumbrado a llevar esta especie de... ¡Me lo han hecho a medida! Hay que causar buena impresión, ¡y me he dejado bigote! Está bien, ¿verdad? Porque con bigote... el bigote... (*Calla. Pausa.*) No, no es eso lo que le quería pedir... He decidido que cuando me encuentre con Blanche no le diré ni una palabra. Las palabras no sirven, se acaban. Los números, no. Los números no se acaban nunca. Solamente con un número puede decirse lo que yo le quiero decir a Blanche cuando la encuentre. Un número especial... que lo diga todo... A mí me gustan los números, pero usted, como es matemático, los conoce de verdad... Imagine que usted es un profesor muy sabio y yo iba y le preguntaba cuál es el número mágico, el mejor. Y usted me decía: es este, y yo, a cambio, le explicaba el chiste 88. ¿Quiere jugar? ¿O... o... o se lo cambiaba por una cosa muy bonita que encontré un día en la mina, debajo del carbón? (*Saca del bolsillo un saquito donde lleva unos diamantes en bruto*) ¡Mire! ¡Son piedrecitas de cristal! Puede coger la que quiera, la que quiera. (*Saca otro, de las dimensiones de un puño.*) ¡Mire esta! Es un regalo para Blanche, ¿es bonita, verdad? ¿Le parece que le gustará? Yo hubiese querido traerle una mucho más grande, una montaña blanca de cristal... ¿Me dirá cuál es el número? No hace falta que sea ahora. Ya sé que tendrá que hacer

sus cálculos. Mañana, si lo prefiere... Porque Blanche me estará esperando en el puerto. Será hermoso, ¿verdad? Ya verá cuando se la presente. Quiero que la conozca. Le gustará, le gustará tanto... Por mucho que se lo diga, no se puede ni imaginar... Me esperará en medio de la gente. ¡50.000 personas! (*Va reproduciendo con gestos lo que explica.*) Se habrá subido a una caja para que la pueda ver mejor, con su vestido blanco, largo hasta los pies. En esta mano (*La derecha.*) llevará mi lámpara, y la levantará así, bien alta, para iluminar la noche, y en la otra llevará el cuadrado de la mar, apretándolo contra su corazón... Aún lo tendrá porque yo se lo regalé el día que se fue... Y cuando la abrace, abriré la boca y se lo diré todo. ¡Y ocho segundos durarán para siempre!... Será hermoso, ¿verdad? (*Ve algo en el agua.*) ¡Mire! ¡Mire! ¡Hay trocitos de hielo flotando en el agua! ¡Qué bellos son! Podríamos cogerlos para enfriar el champaña. (*Ríe. Respira a fondo, mirando el agua.*) ¿Sabe? En el barco hay 16 lanchas y 4 botes plegables. En total caben 1.178 personas... Pero a bordo somos 2.205... Todo es muy extraño, ¿verdad?

*NUMBERT, en la barandilla, mira su piedra de cristal. Sonríe infantil y misterioso. Después mira hacia el mar, mientras aprieta con fuerza la piedra. Dentro, continúa sonando la orquestina.*

*Barcelona, 1999*

*Barcelona, 2000.*